Capítulo 3

El aporte de fray Juan Grande, O.P., y el de sus discípulos al desarrollo histórico de Argentina. Finales del siglo XVIII

MARÍA TERESA TENTI*

Fray Juan Grande llegó a Buenos Aires como consecuencia del naufragio de la embarcación en la que se conducía. Tal vez como consecuencia de haber salvado su vida —¿promesa, acción de gracias?— decide ingresar a la vida religiosa y es admitido en el convento de San Pedro Telmo de la Orden dominica. Producida la Revolución de Mayo los europeos son obligados a dejar Buenos Aires; fray Juan Grande es enviado al convento de Santiago del Estero y se le asigna la tarea de maestro de primeras letras. La escuela del fraile es singular por dos razones: es mixta, en tiempos en que la educación de la mujer no era relevante y abierta a todos los sectores sociales. Fue maestro por cuarenta y cuatro años, hasta 1856. Formó a cuatro generaciones y muchos de sus discípulos tuvieron destacada participación, pues cincuenta fueron sacerdotes, hubo numerosos abogados, políticos y jueces.

* Docente de la Universidad Católica de Santiago del Estero y directora del Centro de Estudio y Aplicación de Derechos Humanos.

La Orden dominica

La Orden de Predicadores fue fundada por Santo Domingo de Guzmán, y es reconocida por el Papa Honorio III el 22 de diciembre de 1216. Caracterizada en pocas palabras se puede decir que por su profesión religiosa los dominicos están “completamente consagrados a predicar la Palabra de Dios en su totalidad” y por ello deben vivir “una vida apostólica en sentido pleno, en la cual la predicación y la enseñanza deben emanar de la abundancia de la predicación” (primeras constituciones de la Orden).

Se celebró el Jubileo de los 800 años, razón por la cual se realizaron diversas actividades en los lugares del planeta donde hay presencia dominica. Esa fue la motivación de este trabajo, declaro que no tengo el oficio de historiadora, sino que por mi pertenencia a la fraternidad laical procuro el conocimiento de temas referidos a la Orden.

Cuando se habla de la Orden de Predicadores o de familia dominica se representa una policromada imagen que incluye a frailes, monjas de vida contemplativa, religiosas de vida activa, fraternidades sacerdotales y laicales, movimientos juveniles, grupos misioneros e incontables organizaciones e instituciones de diversa índole.

Así lo quiso Santo Domingo, que reunió a mujeres conversas de la herejía para constituir el primer monasterio; admitió a un matrimonio para que compartiera la vida en común y supo aglutinar a frailes, para luego dispersarlos. Hubo jóvenes y no tan jóvenes, intelectuales y personas dispuestas a formarse. Un verdadero crisol. Para hacer realidad lo que dicen las Sagradas Escrituras: “Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo” (1Cor.12).

La Orden dominica en territorio argentino

Según documentos de variadas fuentes, los dominicos llegaron a territorio argentino con la primera expedición conquistadora del Tucumán, liderada por el capitán Juan Núñez de Prado, entonces Alcalde de Minas de Potosí. El territorio ya había sido explorado por Diego de Rojas,

tiempo atrás. Ambos pertenecían a la llamada “Corriente colonizadora del Norte”, que provenía del Perú.

Fue en el año 1549 cuando partió Núñez del Prado de aquel lugar tan emblemático denominado Potosí, que pertenece en la actualidad al territorio de Bolivia. Emblemático por los yacimientos de plata y otros metales muy apreciados, descrito de manera magistral por el escritor uruguayo Eduardo Galeano en su obra *Las venas abiertas de América Latina* (Galeano, 1971). Núñez del Prado se adentró en lo que hoy constituye el norte argentino, y funda al año siguiente la primera ciudad llamada El Barco, que fue trasladada varias veces, por las contingencias que la ponían en peligro, hasta que Francisco de Aguirre lo hace por última vez en el año 1553 y le cambia el nombre, en adelante será Santiago del Estero del Nuevo Maestrazgo.

Con la expedición de Núñez del Prado llegaron dos frailes dominicos, los padres Gaspar de Carvajal y Alonso Trueno, españoles, que “participaron de todas las vicisitudes de aquella memorable y azarosa expedición”, según el decir del historiador de la Orden, fray Rubén González O.P. (González, 2003). El padre Gaspar de Carvajal, español de origen, habría llegado al Perú en 1530 y se le encomendaron destacadas misiones. Fue cronista de la expedición que descubrió el Amazonas y se lo nombró protector de los indios del Tucumán, razón por la cual participa de la epopeya. Años después será Provincial del Perú.

El padre Alonso Trueno llegó a América con una expedición de cuarenta y cinco dominicos que traía el obispo de Chiapas, fray Bartolomé de las Casas; permaneció un tiempo en Santo Domingo y luego partió al Perú. Fue nombrado capellán de la expedición de Núñez del Prado (González, 2003).

Los dos sacerdotes dominicos participaron de la fundación de la ciudad de El Barco, y fueron beneficiados con un solar donde establecieron el primer convento dominico en territorio argentino, que se denominó “Convento de Nuestro Padre Santo Domingo de Tucumán” (González, 2003). Más no permanecieron en territorio argentino por mucho tiempo, ya que otro conquistador español, conocido como Francisco de Aguirre tomó prisionero a Núñez del Prado y lo envió a Chile, mientras que los frailes fueron obligados a marcharse al Perú.

Es necesario acotar que Francisco de Aguirre, perteneciente a la denominada “Corriente colonizadora del oeste”, que provenía de Chile, tenía por costumbre trasladar poblaciones existentes y bautizarlas con un nuevo nombre para ser reconocido como fundador. Así lo hizo con El Barco III, llevada a un cuarto de legua hacia el noroeste, siempre al lado del río Dulce. La llamó “Santiago del Estero del Nuevo Maestrazgo”, por el Apóstol, cuya fiesta se celebra el 25 de Julio — Santiago Apóstol, el gran Patrón de las Españas— y “del Estero” por los depósitos de agua que formaba el río tras sus inundaciones. En la ceremonia de clavar el rollo de justicia no hubo religiosos, pues con anterioridad había deportado a los dos frailes dominicos ya mencionados. Con ello se desmitifica la creencia de que la Iglesia participó siempre de las gestas descubridoras.

Consultados los documentos de la Orden, consignan que con posterioridad a estos acontecimientos varios frailes, en distintas fechas, fueron asignados a territorio argentino, sin embargo no hay certeza de su llegada. Será fray Francisco de Victoria, designado primer obispo de Tucumán, y por ende, primer obispo del territorio argentino, el que llega en 1582, convirtiéndose así en el primer dominico establecido en estas tierras. Una breve acotación sobre el obispo: la diócesis tuvo por sede la ciudad de Santiago del Estero, conocida como “la madre de ciudades”, por su supervivencia y por partir de ella los conquistadores que fundaron las que hoy pertenecen al NOA (Noroeste Argentino), San Miguel de Tucumán, Córdoba, Salta, La Rioja y San Salvador de Jujuy, además de otras que sucumbieron.

Atento a ello se destaca que los tres primeros dominicos que arribaron al territorio que en el presente pertenece a la Argentina, con el propósito de evangelizar, estuvieron en Santiago del Estero y dejaron sus huellas, sobre las que se edificó y se edifica la misión de la Orden de Predicadores.

Las biografías describen la belicosidad del obispo Francisco de Victoria, expresada a través de los conflictos con la autoridad civil, el gobernador Hernando de Lerma, que llegaron al extremo de denuncias cruzadas ante el Tribunal de la Inquisición. Como debilidad, destacan los historiadores el hecho de poseer una encomienda compuesta por unos 20.000 “negros” y de atribuirle actividades vinculadas al

contrabando de plata, proveniente de las minas existentes en el territorio de su diócesis. Se puede decir en su defensa que era habitual que todos los que ejercían cuota de poder en el orden político, militar, eclesial, poseyeran abultados patrimonios, constituidos, entre otros bienes, por extensas propiedades y por considerable número de esclavos que realizaban todo tipo de tareas, para beneficio del patrón o encomendero. También, que la severidad de las normas de la corona española, que establecían un estricto régimen monopólico, lejos de evitar el comercio con otros reinos y territorios, pareciera que incentivaban las transacciones transgresoras.

El obispo Francisco de Victoria no fue la excepción, y sus detractores denuncian operaciones *non sanctas*. Pero tuvo una iniciativa digna de destacar: envió a Brasil en la carabela “San Antonio” un cargamento que 30 carretas trasladaron al puerto de Buenos Aires, y que contenía 650 varas de sayal, 680 de lienzo, 526 cordovanes, 38 frazadas, 212 sombreros, 160 arrobas de lana, 180 costales de trigo, 25 pellones y 51 sobrecamas, productos todos elaborados en el territorio de la diócesis y seguramente muchos por los miembros de la encomienda que administraba. Constituye ésta la primera exportación de productos industrializados en territorio argentino. En rigor de verdad, los mismos no llegaron a destino por ataques de indios, y existen relatos sobre los esfuerzos para recuperarlos posteriormente. La nave partió el 2 de septiembre de 1587, razón por la cual en Argentina en esa fecha se celebra el “Día de la Industria”.

Los conventos dominicos en territorio argentino

Los conventos dominicos fundados en territorio argentino se erigieron en el siglo XVII. El primero será el de Buenos Aires, bajo la advocación de San Pedro Telmo, erigido en 1601; le siguió el de Santafé, con fecha probable de fundación en 1603 y cuyo nombre es San Pablo, Primer Ermitaño, y el tercero el de Córdoba, 1604, dedicado a Santa Catalina de Sena.

El que nos interesa, es el de Santiago del Estero, fue el cuarto, que bajo la advocación de Santa Inés de Montepulciano, se considera fundado definitivamente en 1614. Hay antecedentes de la presencia dominica en un período anterior, pero sin duda la precariedad de las instalaciones, los peligros que acechaban permanentemente y otras razones, impedían la permanencia y continuidad de la misión encomendada a la Orden, misión vigente hasta la fecha presente: predicar el Evangelio.

Así, en 1589, fray Reginaldo de Lizárraga, en su paso desde el Perú a Chile, al observar el estado en que vivían los religiosos dominicos en estos territorios, los lleva consigo. Refiere, en particular lo que comprueba en Santiago del Estero “una desventurada casa [...] más era cocina que convento, tenía puesto por nombre Santo Domingo el Real” (Gramajo de Martínez, 2003), por ello conduce al único fraile existente a Córdoba.

Aquí cabe una reflexión para comprender cabalmente el relato. En la misma época, en otras latitudes, los conventos dominicos eran colosos de piedra, que siguen despertando admiración en el presente. Estaban poblados por muchos frailes, en algunos casos se contaban por centenas. Por el contrario, en Santiago del Estero, como en muchas otras localidades, precarias viviendas de adobe y paja, para cobijar a un solo fraile, encargado de lo que en ese tiempo se denominaba “la doctrina”, es decir llamado a predicar la buena nueva del Evangelio, concretar conversiones, administrar los sacramentos, entre otros; esto era una tarea titánica, cuántos santos y mártires permanecen en el anonimato, y sin embargo contribuyeron a edificar el Reino.

Volviendo al convento de Santiago del Estero, su erección definitiva la concretó fray Hernando Mejía. Él nació en esta tierra alrededor de 1570, hijo del conquistador Hernán Mejía Miraval, su formación la realizó en España, y desde Córdoba trajo consigo a ocho religiosos, de los cuales dejó a cinco en el convento recién fundado. Corresponde señalar que su madre, Isabel de Salazar y otros parientes residentes en el lugar contribuyeron para concretar la tarea.

La ciudad de Santiago del Estero fue fundada, como se dijo, en la margen derecha del río Dulce, que la inundaba periódicamente, como consecuencia de las crecidas de la época estival. Ello motivó que el convento dominico se desplazara, al igual que el resto de las construcciones,

hacia el oeste. En 1665 se otorgó a la Orden de Predicadores la llamada manzana norte, ubicada entre las calles Jujuy, Salta, Tucumán y La Plata, para que hicieran templo, convento, huerta y cementerio; existía ya la ermita de los santos mártires Fabián y Sebastián. No hay vestigio alguno sobre lo que allí existió.

Producida la extrañación de los jesuitas en 1767, orden fundada por San Ignacio de Loyola, los dominicos ocuparon en el año 1794 el solar en el que hoy están edificadas el convento y el templo, en el famoso barrio de las Catalinas, a pocas cuadras de la plaza principal. El templo está situado en la esquina de las calles Urquiza y 25 de Mayo. La concesión del patrimonio de los expulsos estaba sujeta a una condición: que abrieran la escuela. Este dato es sumamente valioso para lo que se relatará más adelante.

Dado el estado ruinoso del edificio heredado, se lo demolió en 1875. El actual templo, se construyó en etapas; en 1881 se bendijo la nave central y posteriormente se completó el resto.

Patrimonio religioso del templo de Santiago del Estero

Los circuitos que los turistas recorren en la Madre de Ciudades incluyen sistemáticamente, al templo de Santo Domingo, por el patrimonio que atesora, en imágenes, historia, manifestaciones litúrgicas. Brevemente se mencionarán los elementos más significativos que lo componen.

Imagen del AMO JESÚS

De origen peruano, data de comienzos del siglo XVII. Un inventario fechado el 20 de abril de 1768 declara la existencia de “Jesús Nazareno [...] de Cruz a Cuestas, con velo de seda morada” en posesión de los padres dominicos. La imagen fue encargada a un tropero peruano, quien la cambió “por siete mulas de paso”, según se documenta. Sus primitivos poseedores fueron pobladores del otro lado del río, frente a

la ciudad, que la donaron a los frailes dominicos por la devoción particular que la familia profesaba a la Virgen del Rosario.

Se trata de una imagen de vestir, de tamaño natural, que en su hombro izquierdo carga una enorme cruz, bajo cuyo peso pareciera caer, mientras que su mano derecha se apoya sobre una piedra. Su rostro tiene una expresión de dolor que sobrecoge, lo mismo que la corona de espinas sobre su cabeza. Representa el cuarto misterio doloroso del santísimo Rosario.

En tiempo de cuaresma, en el templo se rezan “las caídas”, con meditaciones propias del camino al Calvario. El miércoles de la Semana Santa es honrado con solemnidad y recorre en procesión el casco histórico de la ciudad, acompañado por fieles que portan cirios mientras desgranán rezos y cantos. A su paso, el Amo Jesús se encuentra con las imágenes de Juan el Bautista, de su Madre la Dolorosa y de la Verónica, que lo esperan en los templos de San Francisco, Catedral Basílica y La Merced. De este modo clero y órdenes religiosas se suman a la celebración. Autoridades civiles participan de estas manifestaciones públicas de piedad y la banda de música de la policía es la encargada de ejecutar marchas e himnos en los momentos culminantes.

Los antecedentes dan cuenta de la fundación de la cofradía de Jesús Nazareno en el año 1793, reorganizada en 1852 y momento en que adopta la denominación del Amo Jesús. Fue entonces cuando se realizan gestiones ante la Santa Sede para obtener la coronación pontificia, resuelta por decreto del papa Pío XII en el año 1954. Se guarda feliz memoria de aquella celebración, de la que participó todo el pueblo santiagueño, encabezado por el obispo Monseñor José Weismann.

Los primeros versos del himno compuesto en honor al Amo Jesús, que se entona en todas las celebraciones, tiene a la imagen como centro de devociones, refleja el sentir del pueblo, al decir:

De Santiago eres Amo y custodio

De este pueblo eres Amo y Señor...

La SÁBANA SANTA

Es una reliquia de imponderable valor histórico y religioso, se trata de una copia singular del sudario que amortajó el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo después de su crucifixión. ¿Cuál es su origen?, ¿cuándo llega a Santiago del Estero y de qué modo? Un hálito de misterio la envuelve. Hay que lamentar que en el convento dominico no haya documentación que responda a estos interrogantes.

Descartada la teoría de la reproducción por contacto directo con la Síndone de Turín, “modernas investigaciones señalan que en Europa existieron escuelas de copistas donde se trabajaba reproduciéndolas” (Gramajo de Martínez, 2003). Indudablemente se trata de una copia del siglo XVI en adelante, que reproduce los parches con que se remendó aquella, luego del incendio de 1532 en la Catedral de Chambéry, Francia.

Se especula que el Papa la donó a los reyes de España y éstos la enviaron a la “Madre de Ciudades”, o que la trajo algún gobernante u obispo, pero lo cierto es que estaba en poder de los jesuitas en el año 1767, cuando se produce su expulsión, ya que figura en el inventario de sus bienes de aquel momento.

Por algunos años estuvo en poder de familias santiagueñas, y aunque está incluida entre los bienes que en 1795 la Junta de Temporalidades y el Cabildo entregan a la Orden dominica, junto al solar, tuvo que transcurrir un lapso de tiempo para que por fin le sea entregada.

Se trata de un paño de más de cuatro metros de largo por ochenta centímetros de ancho que contiene las imágenes frontal y dorsal de un ser humano con los estigmas que sufrió Jesucristo según los Evangelios. Se aprecian los hilos de sangre que provoca la corona de espinas, el lanzazo en su costado, los clavos en las manos.

Se relata en un documento antiguo existente en el Archivo Provincial que el lienzo se exhibía el Viernes Santo de cada año, desde el toque de la oración hasta el amanecer del Sábado Santo. Con posterioridad se colocó el lienzo doblado en dos, entre dos vidrios, con marco que pivoteaba y que permitía la exhibición sucesiva de las dos fases. Estuvo en la nave izquierda del templo, luego se lo trasladó en 1967 a la llamada Capilla Santiagueña erigida en la antigua sacristía. Recientemente fue restaurado y dispuesto longitudinalmente, es decir, sin doblez, en un pie de metal.

El padre Jacinto Carrasco O.P., en su obra *Ensayo sobre la Orden dominica argentina. Contribución a la historia general del país, I, Actas Capitulares (1724-1824)*, en el capítulo dedicado a los conventos dominicos, relata el pleito que se originó con la familia Díaz Gallo, “que vindicaba para sí el derecho de tener la Sábana Santa”. Se cuenta que fue trasladada a Tucumán, y que la controversia concluyó cuando Doña Elmina Paz de Gallo, perteneciente a ese tronco por matrimonio, fundadora de la Congregación de Hermanas Dominicas del Santísimo Nombre de Jesús, la entregara a los frailes (Carrasco, 1924).

Quién fue fray Juan Grande

La figura de fray Juan Grande, desdibujada por el tiempo y la anomia de los pueblos, merece ser rescatada y colocada entre los dominicos que edificaron el reino en esta América de singular historia, y entre los que construyeron el país llamado Argentina. Fray Juan Grande dedicó su vida a la enseñanza, noble misión, entregado a la formación de personas en tanto apostolado, lo que aconteció con fray Juan Grande, deja huellas indelebles en los educandos que abrevan de su conocimiento y reflejan en sus personalidades lo que el maestro les transmitiera.

No se disponen de muchos datos sobre su origen y parte de su vida. Alberto Vilanova Rodríguez, historiador español afincado en la Argentina a raíz del exilio por cuestiones políticas, autor entre otras obras de “Los Gallegos en Argentina”, quien escribe y publica en el año 1957 en la revista *Galicia Emigrante* (Vilanova, 1957).

Juan Antonio Grande nace en Santa Eulalia de Rioaveso, provincia de Lugo, España, el día 29 de marzo en el mismo año que el general Don José de San Martín (1778), datos que fueron tomados de la partida bautismal. Sus progenitores fueron Bernardo Grande y Ramona Fernández y fue bautizado al día siguiente de su nacimiento por el Pbro. José Díaz Castro Verde, rector de la iglesia del lugar de su nacimiento.

Se desconocen datos de su infancia y juventud, aunque uno de sus biógrafos afirma que “debió cursar estudios más que elementales” por lo que luego se expone. Alrededor de 1796 se inicia en actividades

relacionadas con la navegación, es decir, desempeña tareas en naves que se dedican al comercio y continúa en el oficio hasta 1804, año en que el barco en el que se conducía naufraga en el Río de la Plata, “salvando la vida por milagro” (Vilanova, 1957).

El azar o la divina providencia hacen que este español de veintiséis años decida permanecer en Buenos Aires, y seguramente debió buscar un trabajo, una ocupación que le permitiera subsistir, dada la ausencia de conocidos o parientes que hubieran podido auxiliarlo en el trance acontecido.

Fray Juan Antonio de Santo Tomás

Tal vez como consecuencia de haber salvado su vida —¿promesa, acción de gracias?— decide ingresar a la vida religiosa y es admitido en el convento de San Pedro Telmo de la Orden de Predicadores, de la ciudad de Buenos Aires. El 28 de febrero de 1805, y luego de haber permanecido un tiempo compartiendo la rutina de los frailes, presenta la solicitud formal en calidad de hermano lego, que es aceptada ese mismo día por el consejo conventual y recibe el hábito de manos del Prior, fray Gregorio Torres, O.P. Comienza formalmente el noviciado dos años más tarde, cumple con las etapas propias de la época y el 7 de marzo de 1808 hace sus votos religiosos. Como era costumbre de la época, la de poder mutar su nombre o agregar alguno, adosa al de su bautismo —Juan Antonio— el de Santo Tomás, por ser entonces la fiesta del doctor angélico.

Nuestro hermano en el convento de Buenos Aires

A fray Juan Grande le tocó vivir en Buenos Aires los azarosos y bélicos años de 1806 y 1807, cuando se produjeron las llamadas “invasiones inglesas”, ocasión en que el convento de Santo Domingo de aquella ciudad fue tomado por asalto y sufrió importantes daños. El 27 de

junio de 1806 tropas inglesas a cargo del general Guillermo Beresford atacaron Buenos Aires y como lo recuerda una placa con transcripciones del archivo de la Orden de Santo Domingo, el domingo 1 de julio el jefe inglés impidió realizar en el templo el culto al Santísimo Sacramento. Ante esta decisión injusta, el capitán Santiago de Liniers y Brémont prometió al Prior conventual, fray Gregorio Torres que, de recuperar la ciudad, donaría las banderas que tomara del invasor, si Nuestra Señora del Rosario lo protegía. Vencidos los invasores, Liniers entregó cuatro pabellones, dos ingleses, que se exhiben en el altar dedicado a la Virgen.

Al año siguiente, el 2 de julio de 1807 los ingleses intentaron apoderarse de Buenos Aires, se atrincheraron en el convento de Santo Domingo, y desde la única torre existente en ese entonces —lado este— ofrecieron resistencia. Muchas de las balas de cañón disparadas hacia el convento dieron en ella, destruyéndola. Estos episodios bélicos adquieren significativa connotación, ya que servirán para demostrar la aptitud del pueblo para armarse en defensa del terruño y para luchar contra quienes lo someten al yugo del colonialismo. Las llamadas “invasiones inglesas” figuran en los libros de historia argentina como valiosos antecedentes de la gesta de mayo, que inicia el camino para lograr la ansiada independencia.

No hay referencia alguna que testifique que fray Juan Grande haya vivido la terrible experiencia del asalto al convento de Santo Domingo de Buenos Aires por los ingleses en 1807; sin embargo, se puede sostener que es probable que, como los demás frailes, haya sufrido el ataque de los invasores. El nivel de violencia vivido en el claustro se evidencia con la muerte de uno de los hermanos, asesinado en aquella embestida.

Fray Juan de Santo Tomás integra la comunidad del convento porteño por cuatro años, hasta 1812, y sin duda hubiera permanecido por más tiempo en el mismo, si no se hubieran producido sucesos políticos que ocasionan cambios sustanciales. En efecto, ese año ocurrió la llamada “Conspiración de Álzaga”, hecho oscuro de la historia que concluye con el fusilamiento de varias personas de origen español, acusadas de pretender la caída del gobierno patrio.

En julio de ese año el Provincial de la Orden de Predicadores, fray Julián Perdriel, recibe nota del secretario de gobierno del Triunvirato integrado por Feliciano Chiclana, Juan Martín de Pueyrredón y Bernardino Rivadavia, con la que se inicia el procedimiento por el cual se dispone que todos los europeos debían salir de Buenos Aires, y marcharse del territorio o afincarse en ciudades del interior. En ese entonces integraban la comunidad del convento porteños trece frailes extranjeros, entre los que se contaban el Prior y otros que habían intervenido en los sucesos que culminó con la instauración del gobierno local. Por lo anterior, y dispuestas algunas excepciones, el gobierno civil ordena que en tres días debían partir hacia Catamarca.

Es esta orden un claro ejemplo de cómo se adoptan decisiones sin consultar los antecedentes y fuentes. La Orden dominica no poseía convento en Catamarca, incluso en el presente no hay presencia permanente de frailes en aquella ciudad. El Provincial debió informar de ello a la autoridad pública y como consecuencia un nuevo decreto dispone como destino de los frailes distintos lugares. Fray Juan Grande, junto a otros dos hermanos conversos y un estudiante son asignados a La Rioja.

No era sencillo recorrer la distancia que separaba el origen del destino —más de mil kilómetros— agravado por el estado de los caminos, el medio de transporte utilizado —grandes carretas tiradas por bueyes— y por los peligros que acechaban —malones de indios, ataques de fieras salvajes—, entre otros. En aquella época, la ciudad de Córdoba era etapa obligada, desde allí partían las caravanas hacia el norte y el oeste, y en algunos casos el viajero tenía que permanecer en ella largo tiempo.

Ello aconteció con fray Juan Grande, quien estando en Córdoba a la espera de ocasión para seguir viaje, recibe orden de mudar de destino. En lugar de La Rioja debe partir hacia el Norte, a Santiago del Estero. Providencialmente, comparte la estadía en la Docta con el nuevo Prior del convento al que es asignado, fray José Esteban Ibarzábal. El traslado y la incorporación a la comunidad serán por ello más sencillo.

La situación que se vive en la región impide el rápido cumplimiento, ya que el ejército patriota, comandado por el general Manuel Belgrano combate contra los españoles que provienen del Perú y pretenden

reconquistar el antiguo Virreinato del Río de La Plata. Recién, luego del triunfo de la Batalla de Tucumán, ocurrida el 24 de septiembre de 1812, parten hacia la Ciudad, “Madre de Ciudades”, a la que arriban el 31 de octubre, luego de quince días de penosa travesía.

Fray Juan Grande en Santiago del Estero

Incorporado a la comunidad de frailes de Santiago del Estero, se le asigna la tarea de maestro de escuela. Cabe recordar que cuando la junta de temporalidades y el cabildo entregan a la Orden dominica el solar que había pertenecido a los jesuitas, habían estipulado una condición: *que abrieran la escuela*. La redacción permite suponer que los seguidores de San Ignacio de Loyola se habían dedicado a la enseñanza, entre otros apostolados, suposición que está fundamentada en los testimonios de la labor realizada en las nunca bien ponderadas “misiones jesuíticas”, que florecieron en muchos sitios de lo que es hoy el territorio argentino.

Según lo consigna el P. Jacinto Carrasco, las actas capitulares dan cuenta de la designación de sucesivos frailes para la atención de la escuela, en el rango de “preceptor de primeras letras”, entre ellos: fray Cipriano Oliva (1791-1794), fray Isidoro Armentia (1794-1803), fray Antonio Rojas (1803-1807) y fray Carlos Benefort (1811-1815). Sin embargo pareciera que la tarea educativa era mínima, razón por la cual muchos biógrafos le asignan a nuestro fraile el rol de “fundador”; “Es él quien le dio verdadera nombradía y el que la mantuvo a lo largo de tantos años con un esfuerzo y una perseverancia digna de encomio”. Además, por cartas enviadas por el Prior del convento, el padre Ibarzábal, se sabe que el padre Benefort se hallaba casi imposibilitado desde el año 1812, de modo que aunque figure por tres años más, es probable que no haya podido ejercer la docencia.

Otra fuente señala que el acta capitular del cabildo, fechada el 9 de mayo de 1811, y por iniciativa de don José Frías, vecino caracterizado, se resuelve: “pasar oficio al Rvdo. Padre Prior de los predicadores, que prepare un aposento o celda para escuela pública en que se enseñe a la juventud los primeros rudimentos, nombrando para este

efecto un preceptor o maestro que sea de instrucción suficiente, muy adicto al sistema actual, para que con esta enseñanza sus discípulos salgan buenos vecinos y útiles a la patria” (Di Lullo, 1960). Este documento refuerza el argumento de que hasta la llegada de fray Juan Grande no funcionaba la escuela.

Rasgos característicos de la escuela de fray Juan Grande

Según documentación de la Orden, el 25 de febrero de 1813, miércoles de ceniza, fray Juan Grande comienza su labor docente, lo mismo que las demás casas de estudio y establecimientos educativos dominicos del país. A decir verdad, la referencia a otros centros obedece a lo expresado en los autores citados, aunque no hay datos concretos sobre los lugares, los frailes que oficiaban de docentes, ni ningún otro dato. A la escuela de primeras letras concurrieron “niños y niñas, de todas las capas sociales” (Olaechea y Alcorta, 1905). Detengámonos un momento para meditar sobre las dos características mencionadas:

- Niños y niñas: se debe señalar que era a comienzo del siglo XIX. Época en que los varones aprendían nociones de variadas ciencias, mientras que las niñas adquirían competencias relacionadas con la costura, el tejido, la cocina y ciertas expresiones de la cultura, como la ejecución de instrumentos musicales y el baile. Algunas, seguramente las más desenvueltas, conocían rudimentos de lectura, escritura y operaciones matemáticas, necesarias para las prácticas piadosas y la administración del hogar. La escuela de fray Juan Grande recibió a niños y niñas, es decir que constituyó una avanzada en lo que se conoce en el presente como igualdad de oportunidades y también como paridad de géneros. No existen registros del número de alumnos por sexo, es de suponer que los varones eran mayoría, pero el hecho de que pudieran concurrir las mujeres convierte a este acontecimiento en un verdadero suceso.

- De todas las capas sociales: sin duda es esta una característica singular, ya que eran tiempos de marcadas diferencias por poseer títulos nobiliarios, descender de fundadores de ciudades o de participantes en las gestas colonizadoras, de poseer abultados patrimonios, entre otros. A esta escuela concurren los hijos de patricios, de acaudalados terratenientes, pero también los hijos de vecinos que no se encuentran comprendidos en los estamentos descritos.

Cuando se dice de todas las capas sociales es de suponer que no se cerraban las puertas a quienes provenían del crisol de razas que constituye la raíz del pueblo argentino. ¿Asistieron afrodescendientes, mulatos, indios? Probablemente aunque no hay constancias. Es sabido que muchos blancos delegaban en sus sirvientes la administración de sus estancias, la compra de ganado y otras actividades comerciales. Seguramente necesitaban que estuvieran formados, al menos con conocimientos esenciales para desempeñar con probidad las tareas encomendadas; se dice incluso que fray Juan Grande era maestro de indios.

Así fue que estas dos características —ser mixta y no estar orientada a un estrato social determinado— hicieron que el establecimiento educativo recibiera un reconocimiento especial que le permitió adquirir fama que trasciende más allá de los límites de la provincia. Se puede afirmar que fue una escuela inclusiva.

Una reflexión sobre el maestro: español de origen, fraile cooperador, con unos pocos años en el territorio del Río de la Plata, recién instalado en una ciudad del interior, ¿qué dotes especiales posee para que haya adoptado tamañas decisiones?

El recinto de la escuela

Cuando se dice “escuela”, se debe suponer que en realidad se trataba de un aula, es decir, de un único espacio físico —celda, aposento— en la que el fraile oficiaba de maestro, a pesar de que los alumnos estuvieran

en diferentes grados de aprendizaje. Ocurre aún en el presente, en los llamados establecimientos de personal único, al interior del país.

En una de sus biografías se lee: “El local de la escuela ostentaba en sus dos testeros, de un lado, la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, del otro el retrato del General Belgrano, a quién profesó grande admiración fray Juan” (Olaechea y Alcorta, 1909). Es justo recordar que el creador de la bandera argentina provenía de una familia santiagueña —su abuela materna lo era—, que vivió algún tiempo recuperando su salud en este terruño, y que cuando le concedieron un premio por sus hazañas bélicas dispuso que parte del dinero se empleara para la creación de una escuela en la provincia.

En el convento y templo de Santiago del Estero se conservan una mesa de dura madera y una silla con cuero en su asiento y espaldar que utilizaba el fraile en la escuela, según fotografía existente en el libro del padre Carrasco.

A propósito de los recursos didácticos

Un problema harto difícil de resolver fue la falta del material didáctico más indispensable. Sin duda escaseaban muchos productos de primera necesidad por el constante acecho de las potencias extranjeras y la imposibilidad de comerciar con otros pueblos del continente.

Se cuenta que para la enseñanza de la lectura empleaba novenas —piezas litúrgicas— y periódicos de Buenos Aires o Córdoba que llegaban al convento. El aprendizaje de la escritura era aún más difícil, ya que el papel y la tinta eran artículos de lujo.

“Para los niños más pequeños o los que se iniciaban, hacía traer arena del río —el Dulce corría cercano— que, extendida, servía de pizarra”; los mayores utilizaban “tablas pintadas, hojas de cactus acondicionadas al efecto, o paletas de vaca. Los instrumentos para la escritura eran punzones o plumas de ave y la tinta se preparaba con diversos ingredientes obtenidos de plantas lugareñas” (González, 2003).

Sin duda, fueron necesarios el ingenio, la creatividad para que la labor del docente no se viera alterada por falta de recursos didácticos. Empleó un método similar al lancasteriano, ya que los alumnos más

adelantados debían cooperar en la enseñanza. Y recurría a divisiones por grupos y jerarquías para estimular a los estudiantes.

El tiempo de su misión

Este humilde fraile converso fue docente desde comienzos de 1813 hasta fines de 1856 —cuarenta y cuatro años—. Las actas de los capítulos provinciales de la Orden de Predicadores dan cuenta de ello. Concluye su labor docente por disposición del Provincial, fray Felipe Santiago Savid, quien tuvo en cuenta la edad —setenta y ocho años— y el estado de salud.

Un acontecimiento curioso relata otra fuente bibliográfica: el caudillo Juan Felipe Ibarra, que gobernó la provincia de Santiago del Estero en forma vitalicia desde 1820 hasta su muerte, acaecida en el año 1851, dispuso el 5 de septiembre de 1822 la creación de una escuela pública en aulas del convento de Santo Domingo, a cargo del maestro Pío Cabezón. El mobiliario y los fondos necesarios para el funcionamiento fueron proveídos por el cabildo. Este autor sostiene que al año siguiente de su creación se encomendó a fray Juan Grande la atención de la misma. Se destaca esta disparidad, ya que los documentos de la Orden de Predicadores ubican a nuestro fraile en el rol de docente diez años antes (Alén, 1991).

Es innegable que la labor desarrollada por fray Juan Grande era reconocida y valorada en Santiago del Estero, no solo por quienes estaban vinculados directamente con la orden religiosa y con la escuela, sino por la población en general y los gobernantes. Ello explicaría algo sumamente curioso, relatado por el Pbro. Jacinto Carrasco O.P., en el año 1835,

la Suprema Autoridad Gubernativa de la provincia de Santiago del Estero envía una nota en la que ruega encarecidamente al Muy Reverendo Padre Provincial de la Provincia de San Agustín [...] que fray Juan Grande vista el hábito de corista y pueda disponerse a recibir las sagradas órdenes, incluso el presbiterado.

El petitorio indica es “deseo no solo de la sobredicha Suprema Autoridad sino también de toda la provincia que gobierna, pues se quiere con ello demostrarle la gratitud a que se ha hecho acreedor”; suscribía la petición el ya nombrado gobernador de la provincia de Santiago del Estero, el Brigadier Juan Felipe Ibarra (Carrasco, 1924).

En el siglo XIX las órdenes religiosas distinguían a los frailes conversos o cooperadores de los clérigos, y en la fundada por Santo Domingo de Guzmán el color del escapulario —negro para los primeros y blanco para los otros— constituía elemento diferenciador. Solicitada la aprobación del maestro de la Orden, el prior del convento de Santiago del Estero recibe la autorización para cambiarle el hábito de cooperador por el de clérigo, se lo cuenta entre los coristas, pero no llega a las órdenes sagradas.

A los pocos meses de concluir su labor docente, el 15 de abril de 1857, fray Juan Grande O.P., con 79 años, parte a la casa del Padre, en el solar donde transcurrieron los últimos 45 años de su vida.

Sus discípulos

En casi medio siglo de docencia, cuatro generaciones de santiagueños se beneficiaron con su docencia. Muchos pudieron continuar estudios superiores en otras ciudades. Ahora bien, la enseñanza que impartía nuestro fraile no se limitaba a los contenidos que se desarrollaban en otras escuelas. Fray Juan Grande, como dominico que era, procuraba que sus alumnos abreviaran en la doctrina católica, se formaran en valores y por ello destinaba buena parte del tiempo a la evangelización.

Uno de sus discípulos, el canónigo Olegario Hernández, afirma que formó a cincuenta sacerdotes, entre los que hubo presbíteros, curas párrocos, canónigos, vicarios, obispos, entre otros. También formó a destacados políticos, algunos de los cuales fueron gobernadores de provincia, senadores, juristas y demás. A continuación se hará referencia brevemente a algunos de ellos, pues, como dice el dicho popular: para la muestra basta un botón.

Rainerio J. Lugones

Sacerdote, nacido en Loreto, provincia de Santiago del Estero, en el año 1841, recibió los estudios elementales en la escuela de fray Juan Grande. Llegó a obtener el título de doctor en Teología y licenciado en Derecho Canónico. Ordenado sacerdote, desde 1863 oficia de secretario del obispo de Salta, Monseñor Buenaventura Rizo Patrón. En la visita pastoral a las parroquias del territorio santiagueño, Lugones, conocedor de la lengua quichua de los habitantes originarios, pronunció sermones con el empleo de la misma, principalmente en la histórica Villa de Loreto.

Se destaca que, producto de un viaje a Roma como secretario del obispo de Salta, “participó del Concilio Vaticano I, magna asamblea ecuménica, en calidad de teólogo consultor” (Achával, 1993). El entonces pontífice, Pio IX, a raíz de diez cartas publicadas con el nombre de “Defensa de la Infalibilidad Pontificia” en el periódico *Ecco da Roma*, lo distinguió de modo especial y le concedió varios títulos, entre ellos el de Monseñor y el de Protonotario Apostólico.

Cuando la Santa Sede decidió crear la diócesis de Santiago del Estero, el Senado de la Nación lo designó como candidato en primer término en la terna que establecía la Constitución. Empero, el presbítero Lugones declinó el honor por “su ingénita modestia, su sentido de la realidad y tal vez su avanzada edad” (Achával, 1993).

En el orden político, Lugones se destacó por su oposición tenaz a ciertas decisiones gubernamentales, impregnadas de laicidad. Así, en el año 1869, en la provincia de San Juan, planteó la inconstitucionalidad de la denominada “redención de capellanías”, que era una mala y disfrazada usurpación de bienes de la Iglesia. Lo mismo hizo luego en otra provincia argentina, en Mendoza.

Pero su actuación más destacada fue como diputado nacional por Santiago del Estero entre 1880 y 1884, durante el gobierno de Julio Roca, siendo ya Vicario Foráneo de su provincia natal, cuando como integrante de la Comisión de Culto e Instrucción Pública, se opuso tenazmente a la sanción de la famosa Ley 1420, que consagra la laicidad de la enseñanza.

En ocasión de discutirse un proyecto de ley que disponía la creación de una colonia agrícola para la formación de niños huérfanos de padres, el presbítero Lugones, miembro informante de la Comisión observó que “traer huérfanos de todas las provincias y enseñarles a trabajar, evitando así que se formen mañana vagos y criminales [...] es un bien que no necesita ser demostrado” (CNCS, 1932, p. 604). Esta y otras actuaciones provocaron un decreto nacional por el que se lo separaba del cargo de vicario foráneo.

Queda entonces demostrado que el discípulo de fray Juan Grande tuvo una descollante labor, no solo en su terruño sino en otras esferas de poder; y que fiel a los valores trasmitidos, supo defender a la Iglesia católica en épocas en que fue sistemáticamente atacada por el laicismo imperante en los recintos gubernamentales.

José Baltasar Olaechea Alcorta

Nació en Santiago del Estero en 1819 y fue hijo de Baltasar Olaechea y Francisca Alcorta. Sus estudios eclesiásticos los realizó en el seminario de Catamarca y fue ordenado sacerdote a los 23 años. Las diócesis de Salta y Paraná se beneficiaron con su acción apostólica, y en el territorio de su provincia natal fue cura de la emblemática Villa de Mailín, lugar de veneración del Señor de los Milagros, que en su fiesta anual —domingo de la Ascensión del Señor— congrega a más de cien mil promesantes.

Integró y presidió la venerable Orden Tercera Dominicana e integró asociaciones que recolectaron fondos para la construcción de la iglesia catedral y el templo de Santo Domingo. Fue elegido gobernador de la Provincia en 1876 merced a “una política conciliadora que terminara con el atávico enfrentamiento irreconciliable de las facciones partidistas” (Alén, 1991).

Pese a sus buenas intenciones, poco pudo hacer, debido a la profunda crisis económica que asolaba al país en general y a la provincia en particular. Se cuenta que utilizó numerosas veces sus sueldos para pagar obligaciones oficiales. Sin embargo, hubo un área de gobierno que le dio satisfacciones: la educación. El gobierno nacional autorizó

el funcionamiento de una escuela normal, anexa al Colegio Nacional, primer establecimiento en la provincia que formó maestros. Hubo también un espacio cultural, la Sociedad de Estudios Bernardino Rivadavia, que organizó numerosas disertaciones; y se multiplicaron las publicaciones periodísticas. Una ley de 1877 creó la Dirección General de Escuelas de la Provincia.

En el orden religioso, tuvo el privilegio de inaugurar el quinto edificio de la Iglesia catedral, en 1877, el actual, al que se le han realizado las mejoras necesarias. Elegido padrino de la catedral de Salta por el obispo, Monseñor Buenaventura Rizzo Patrón, ayudó a saldar la deuda que la diócesis tenía con la empresa constructora.

El clima de tensión, las dificultades económicas y la enconada oposición, llevaron al gobernador a renunciar tres veces a su cargo, renuncia que le fue aceptada en 1878. Mantuvo durante toda su vida una fuerte vinculación con el convento de Santo Domingo, y en el momento de su muerte, fue enterrado en la nave izquierda del templo, sus biógrafos dan cuenta de una gran placa de mármol blanco que perpetúa su memoria, que en la actualidad no existe.

Pedro Firmo Unzaga

Su padre, Don Pedro Ignacio Únzaga, compartió el destierro en “El Bracho”, por orden de Ibarra, con Libarona, esposo de la famosa heroína Agustina Palacio, que inspiró la novela *Polvo y espanto*. Alumno de la escuela de fray Juan Grande, realizó sus estudios secundarios y universitarios en Córdoba.

En 1875 regresó a Santiago del Estero y ocupó diversos cargos en los organismos relacionados a la educación, durante la gobernación de Olaechea y Alcorta. Además ejerció la docencia a través de las cátedras de Historia e Instrucción Cívica.

En el año 1883 la legislatura provincial lo eligió gobernador, cargo que asumió el 1 de octubre y nombró Ministro General al Doctor José Nicolás Matienzo, a cuyas instancias adoptó ciertas medidas antirreligiosas que ocasionaron un enfrentamiento con quien había colaborado en su gestión de gobierno —Baltasar Olaechea y Alcorta— y

con Martín Herrera, Manuel Gorostiaga y otros, que lo atacaron desde varios periódicos de la época.

De su gobierno se destaca la reforma de la Constitución Provincial, que a decir del Presidente de la Nación, Julio Argentino Roca, “incluía a Santiago en los beneficios del liberalismo político, el positivismo pedagógico y el capitalismo dependiente” (Alén, 1991). Es importante destacar que en Únzaga prevalecieron las ideas políticas imperantes, a favor del laicismo, olvidando las enseñanzas que en materia de moral cristiana había recibido de fray Juan Grande.

Se granjeó con ello muchos detractores que promovieron su juicio político y fue separado de su cargo en octubre de 1884. En el caso de Únzaga es probable que ambiciones personales le hicieron olvidar los nobles principios que aprendió en la escuela de Santo Domingo y terminó enfrentado con lo que había sido su filosofía de vida en los años mozos.

Absalón Rojas

Nació en Santiago del Estero en 1845 y asistió a la escuela de fray Juan Grande. Su familia se dedicaba a la explotación agrícola, ya que poseía cultivos de alfalfa, maíz y viñedos. Por su oposición al gobierno fue encarcelado y se fugó hacia Tucumán. Posteriormente residió en Rosario, Salta y Córdoba y es en esta última ciudad donde se inició en el periodismo. Cuando regresa a Santiago del Estero en 1876 funda el “Club Libertad”, del que surge su candidatura a diputado nacional.

Según un reconocido historiador, el ideario de Rojas está condensado en las palabras que pronunció durante un discurso en el parlamento: “Yo quiero para las provincias lo que Buenos Aires ha tenido desde su fundación: el capital, los medios para impulsar su progreso, aunque no quiero para ellas tanto como ha tenido Buenos Aires, que llegó en momentos de orgullo a querer sobreponerse a la Nación” (Alén, 1991).

“Educar al pueblo es gobernar”, es el slogan del gobierno de don Absalón Rojas, que gobernó la provincia entre 1886 y 1889. Fue signo de la modernidad, por los proyectos que se ejecutaron en su gobierno, como la promoción del desarrollo agrícola en la provincia y la

urbanización de la capital, a la que dotó de modernos servicios para la época, como el alumbrado público.

Durante su gobierno llegó el ferrocarril y con ello se inició la explotación de bosques para la provisión de durmientes. La labor educacional fue monumental; se crearon numerosas escuelas y se construyeron edificios para las mismas. Santiago del Estero participó de exposiciones nacionales e internacionales, como la de París de 1889. A dicha muestra asistieron productores santiagueños que enviaron maderas de la región, muebles, extractos de tanino para curtir cueros, calzados y licores entre otras cosas.

La obra titulada *Memoria descriptiva de la Provincia de Santiago del Estero*, de su cuñado Lorenzo Fazio, impresa en Buenos Aires, que le fuera dedicada, da cuenta del valioso trabajo emprendido.

El 7 de octubre de 1892 asumió la gobernación por segunda vez, pero doce días después se produjo un movimiento revolucionario local y fue obligado a renunciar. Rojas había solicitado la intervención del gobierno federal, que se produjo tiempo después.

Fue padre de muchos hijos, entre ellos el poeta y escritor Ricardo Rojas, autor de obras memorables.

Ángel Justiniano Carranza

Nació en Buenos Aires en 1834, descendía de familias de larga raigambre santiagueña; por ello se trasladaron a esas tierras y cursó sus primeros estudios en la escuela de fray Juan Grande. Más tarde los continuó en Buenos Aires, y en la universidad de esta ciudad se recibió de doctor en ciencias sociales en 1856 y como abogado en 1863.

Desempeñó numerosas comisiones, empleos y cargos públicos, entre ellos: juez, auditor general de la Marina de Guerra de la República Argentina, auditor de guerra en la campaña del Chaco Austral. También fue jefe de la comisión científica reconocedora del río Juramento (Salado), ocasión en la que atravesó el Gran Chaco desde los desiertos de la Cangallé hasta Salta. Para la provincia de Buenos Aires elaboró un proyecto de creación del registro de embargos e hipotecas, una novedad en su tiempo.

Fue comisionado por el gobierno argentino para participar en las celebraciones españolas del IV Centenario del Descubrimiento de América, en 1892, como delegado de la Exposición Histórico-Americana en Madrid.

En 1893 fundó con Bartolomé Mitre la Junta de Historia y Numismática Americana. El archivo que formó durante su vida fue adquirido posteriormente por el gobierno del presidente Julio Argentino Roca para formar el Archivo Histórico Nacional, donde se encuentra todavía.

Fue declarado hijo adoptivo de dos poblaciones españolas; le fueron otorgadas condecoraciones de las reales academias de la lengua española y de la historia de Madrid y el collar de oro de las ciencias portuguesas.

Es autor de numerosas obras históricas, que relatan las campañas en las que participó. De modo especial se desatacan *El general Lavalle ante la justicia póstuma*, en el que defiende a su amigo por los ataques recibidos por el asesinato de Lavalle y los *Libros capitulares de Santiago del Estero*, editado en Buenos Aires en 1882. Igualmente, es de su autoría el proyecto del Código de la Armada.

Gregorio Cornet Díaz

Hijo de padre español y de madre santiagueña, Francisca de Borja Palacio Iramain, nació en 1836, realizó sus primeros estudios en la escuela de fray Juan Grande y fue ordenado sacerdote en 1858.

Fue nombrado capellán del convento de Belén, que en ese momento era beaterio de mujeres; luego canónigo de la catedral y más tarde vicario general de la Diócesis de Santiago del Estero hasta su muerte, ocurrida en 1907. Está sepultado en la iglesia de Santo Domingo, donde una lápida cubre la tumba, situada en la nave a la izquierda del templo.

Pertenece a una de las familias santiagueñas más tradicionales y la imagen del Amo Jesús, en la procesión del miércoles santo, realiza una de las paradas en el que fuera y es el solar familiar.

Amancio Alcorta

Se llamaba Amancio Jacinto del Corazón de Jesús. Hijo de padre español, descendía, por línea materna —su madre era Gabriela Zuasnábar de Paz y Figueroa— de personajes ilustres, fundadores de las ciudades del norte argentino: Córdoba, Tucumán, Santiago del Estero, La Rioja.

Luego de cursar estudios en la Escuela de fray Juan Grande, su padre lo destina a las letras y a la abogacía, que transita sin mucho entusiasmo. Decide mutar a la literatura, flauta travesa y armonía. Mientras estudiaba abogacía en la Universidad de Córdoba es designado representante por Santiago del Estero ante el Congreso Nacional. Luego de desempeñarse como ministro en su provincia y en Salta, se radicó en Buenos Aires y fue senador por su provincia natal.

Fue uno de los más hábiles e informados economistas de su tiempo. Su casa de la calle Florida —donde hoy se alza la Galería Pacífico— alcanzó gran notoriedad por la jerarquía de las actividades musicales que se desarrollaban en ella.

Fue propietario de la estancia “Paso del Rey”, que loteada posteriormente, es hoy la ciudad de Moreno, donde aún se erige la casa que habitó. Donó gran parte de las tierras para que se construya la estación ferroviaria.

Se destacó en el panorama de la música, por pertenecer a la generación de los primeros compositores nacidos en suelo argentino. Compuso una importante cantidad de obras, cuya mayoría se perdieron, en varios géneros —tanto secular como sacra—. Una de las más conocidas y ejecutadas es “La Agonía”, canto para el Viernes Santo.

Olegario Hernández

Fue uno de los alumnos que demostró mayor afecto por su maestro, por su participación en los actos de su memoria. Ordenado sacerdote, fue ministro de la Tercera Orden Franciscana y capellán del Colegio-Beaterio de Belén. La fundadora de la Congregación de Hermanas Esclavas del Corazón de Jesús, la Madre Ana María Taboada le anunció,

siendo niño, que sería sacerdote, así como que sanaría de una enfermedad infantil muy grave y que viviría muchos años.

Homenajes póstumos

Producido el fallecimiento de fray Juan Grande, O.P., los miembros de la comunidad de Santiago del Estero cumplen con su última voluntad: lo entierran en el templo, pero en el espacio contiguo a la puerta de la sacristía, ya que en una clara señal de humildad deseaba que su tumba fuera permanentemente pisada.

En contraste, la trascendencia que mereció la vida y obra de este fraile se refleja en los homenajes póstumos rendidos. Nos referiremos sucintamente a ellos.

A los 25 años de su muerte

Corría el año 1882 y se cumplían 25 años de la muerte del “maestro”. Era justo que se hiciera memoria de su labor. La iniciativa se debió a su ex discípulo, doctor Ángel Justiniano Carranza, que moraba en Buenos Aires, portador de la lápida para su tumba. Los restos mortales de fray Juan Grande que descansaban junto a la puerta de la sacristía, fueron exhumados y colocados a la derecha, a la entrada del templo.

La ceremonia religiosa fue celebrada por tres sacerdotes, antiguos discípulos: José Domingo Santillán, Gregorio Cornet y Manuel Garay. La oración fúnebre fue pronunciada por otro discípulo, el presbítero Olegario Hernández y luego el doctor Carranza pronunció un discurso exaltando su recuerdo luminoso.

El hecho se revaloriza si se tiene en cuenta su origen, lo que se conoce de su vida, su lugar de misión y el modo en que la cumplió.

Escuela fray Juan Grande

La Orden de Predicadores, como es de suponer, se propuso rendir homenaje al maestro con la creación de una escuela que llevara su nombre, iniciativa que se concretó en marzo de 1905 y perduró hasta 1951. En esa fecha culminó su labor para dar paso al actual instituto terciario “San Martín de Porres”. El relato de dos alumnas nonagenarias que perviven dan cuenta del afecto que los santiagueños tenían por quien fue precursor en materia educativa.

El templo

También la Orden Dominicana proyectó la edificación de un templo nuevo en memoria del maestro. En el año 1909 se iniciaron los preparativos y el 1 de enero del año siguiente se colocó la piedra fundamental, bendecida por su ex discípulo, canónigo Olegario Hernández.

Se comenzaron los trabajos de la construcción de templo, que fueron luego interrumpidos. Se puede apreciar parte de ellos en el predio del convento dominico.

En el centenario de su muerte hubo varias iniciativas concretadas, en 1957, en Santiago del Estero, para conmemorar al “padre maestro”, como lo llamaban sus discípulos, en ocasión del centenario de su muerte.

El Consejo General de Educación dispone que en las escuelas de su dependencia se dicten clases alusivas. En el templo dominico se oficia responso solemne. Un extenso artículo es publicado en el matutino *El Liberal*. Un acto académico fue organizado por la Federación Católica de Educadores. El día 20 de julio se descubre el busto de fray Juan Grande, obra del escultor Roberto Delgado, en el atrio de la iglesia.

Además, atento a su origen, la comunidad gallega lo recordó a través de un artículo escrito por Alberto Vilanova, ensayista e historiador, que se publicó en *Galicia Emigrante*, año 4, número 28 del mes de mayo de 1957. Esta nota puede leerse en la Internet.

Cierre

Son pocas las personas que saben que un fraile dominico llamado Juan Grande, quien dedicó su vida a la enseñanza y que en sus aulas se formaron varias generaciones que contribuyeron a construir la patria chica —Santiago del Estero— y la nación Argentina.

El busto ubicado en el atrio del convento y la lápida en su sepultura, son los signos visibles de este fraile que realizó tan encomiable misión. Una calle ubicada en el barrio Huaico Hondo de la Ciudad de Santiago del Estero lleva su nombre, lo mismo que otra de la ciudad de Añatuya.

Reiteradamente se escucha en todos los ámbitos la importancia de la educación, para combatir los males que aquejan a la ciudadanía. Sin embargo, los discursos no guardan relación con la valoración de la docencia. Grandes y probos maestros son recordados por las generaciones que abrevaron en su enseñanza, pero son olvidados o desconocidos por las siguientes generaciones.

Sea éste un humilde homenaje a quien fuera “grande” más allá de su apellido.

Referencias

- Achával, J. (1993). *Historia de la Iglesia en Santiago del Estero. Siglos XIX y XX*. Santiago del Estero: Universidad Católica de Santiago del Estero.
- Alén, L. (1991). *Historia de Santiago del Estero*. Santiago del Estero: Plus Ultra.
- Carrasco, J., O.P. (1924). *Ensayo sobre la Orden Dominicana argentina. Contribución a la historia general del país, I, Actas Capitulares (1724-1824)*. Buenos Aires.
- Congreso Nacional, Cámara de Senadores (CNCS) (1932). *Sesiones de 1886*. Buenos Aires: Imprenta de la Cámara de Diputados.
- Di Lullo, O. (1960). *Templos y Fiestas Religiosas-Populares en Santiago del Estero*. Santiago del Estero: Talleres Gráficos Amoroso.
- Galeano, E. (1971). *Las venas abiertas de América Latina*. Montevideo: Departamento de Publicaciones Universidad de la República.

- González, R., O.P. (2003) *Historia de la Provincia Argentina, I, Antecedentes, Siglos XVI –XVII*. Tucumán: Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino.
- Gramajo de Martínez, A. (2003) *Los Dominicos en Santiago del Estero*. Santiago del Estero: V Centenario.
- Olaechea y Alcorta, B. (1909). *Vida Religiosa*. Santiago del Estero: s.e.
- Vilanova, A. (mayo de 1957). Fray Juan Grande Fernández. *Galicia Emigrante*, 4..